

cap
A Byron.

1
Eras á un tiempo el ángel y el vestigio;
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de bafa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
y bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstino á Edipo;
pasmaste con enigmas la fe ciega;
te pusiste la máscara de un tipo,
como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
subió un vapor que oscureció tu juicio:
te dejaste arrastrar por la corriente,
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías,
como cediendo á impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías,
bebiendo el vino del placer en cráneos.

12
Sus lígubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Fíberio oyeron
bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese apocalipsis de las almas,

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombros,
pasaste con tu cítara en la mano,
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión, caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
vivo placer a las riberas solas,
cuando - soberbio nadador - rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo a que tendías;

3

y audaz y atronador y hecho montaña,
te alabas hasta él y lo escupías! ✕

No envidiabas al píelago sus dones:
tu tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco? - Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor.... ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte a la natal ribera?
¿Por qué robarte a Missolonghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para tí extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime;
tu verdadero monumento es Grecia.

Querme. Tu gloria crecerá entretanto,
mientras palpita el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo a tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte angusta
interpondrá su redentora egida.

Salvador Díaz Mirón



Tecnológico
de Monterrey